

BACTERIOLOGIA

Contestación y réplica al Sr. Dr. Gavilño.

POR EL DR. IGNACIO PRIETO.

La primera pregunta, de las seis que el Sr. Dr. Gavilño ha formulado, se refiere á saber si los ratones presentan petequias. Las he observado en los apéndices caudal y auriculares, después del quinto día de la inyección. La segunda, relativa á la existencia de manchas en el cuerpo de los conejos. Sólo apunto que las he observado, haciendo dedo de guante con la piel en el vientre y cuando es blanco el color se notan claramente. El tiempo de su aparición, que es el objeto de la tercera interrogación, varía entre uno y cinco días, según el material con que se experimenta, el camino que se ha elegido y la especie que se observa, agregando, como causa de las variantes, la dosis inyectada. La cuarta inte-

rrogación, versa sobre el espacio de tiempo que transcurre antes de la aparición del catarro. Lo consignado en el libro de observaciones, es de uno á tres días. Sobre la contaminación del conejo sano, fórmula de la quinta pregunta, los apuntes recogidos arrojan lo siguiente: Al cuarto día de vida común con los enfermos, presentó coriza con escurrimiento abundante, inyección conjuntival marcada y la aparición de petequias en las orejas al octavo día; confirmó y fundó la idea de contaminación. Viene la última y sexta cuestión, que trata del tiempo que transcurre para el desarrollo de la siembra en caldo, del líquido cefalo-raquídeo y del *moco faríngeo*. En un principio no pude cultivar el líquido y todas las siembras fueron estériles; razonando sobre el fracaso, conseguí cultivarlo en ocho días; perfeccionando los medios de que me valgo, llegué á cultivarlo en seis, y hoy, gracias á la centrifugación y á la descloruración, á la exaltación en el peritoneo, lo cultivo el mismo día de la siembra, como el *moco faríngeo*.

Contestadas en detalle las preguntas que me han sido dirigidas, me voy á permitir enumerar las ideas que me sugirieron las proposiciones sentadas en la sesión penúltima, por mi erudito contrincante. Le extrañaba que no hubiera hecho conocer el estreptococo-diplocoide, de un modo completo y característico. Olvida, sin duda, que estoy elaborando mi trabajo final y que me expondría á repeticiones si tal hiciera. Pero hay más, en la nota previa refiero lo bastante, á mi juicio, para reconocerlo, y hasta el final de mis investigaciones procuraré ampliar y fundar lo que está escrito ahí. Expresaba el Sr. Gaviño, que la estría no sirve para caracterizar ningún germen. Este absolutismo es reprochable. La estría es característica en el bacilo de Koch, en el carbonoso, etc., y en suma, es un detalle que se debe buscar siempre, porque en la ciencia de detalles, como la bacteriología, éstos deben sumarse para formar un todo.

La inoculación del líquido cefalo-raquídeo, de una septicémica efectuada en las mismas condiciones que el producto análogo del tífico, es un hecho sin valor para el Sr. Dr. Gaviño. La simple enunciación será bastante para fijar la respuesta: Inyectado

el líquido cefalo-raquídeo del tifoso, provoca en el perro un proceso morboso que lo mata en 14 días. Efectuada la experiencia, en idénticas condiciones, con el producto de una septicémica, no sólo no muere el animal, sino que fuera de perturbaciones de poca monta, ha recobrado su peso y hábito normales. Esto es sobrado para fijar la atención de un observador serio.

Hay un principio fundamental bien conocido: El paso de los microbios patógenos por los medios de cultivo, les hace perder parte de su virulencia; el *desiderátum* en la experimentación es inocular, siempre que se pueda, el producto séptico al animal. Esta regla, cuya justa apreciación no podrá escapar á nadie, está hecha para aplicarla al líquido medular, como le llamaba Magendie. Producto séptico recogido directamente del enfermo é inyectado al animal, es el *símmum* de las condiciones experimentales. Parecería sencilla la experiencia, y lo es en efecto; pero obedeciendo á un cierto número de reflexiones, porque el olvido de una ó varias de ellas, hará fracasar.

Realmente se deben recordar las condiciones clínicas del enfermo que proporciona el material, el cuidado nimio de la condición biológica del producto, la dosis inyectada en relación con el animal, esto, conociendo bien la región en que se opera, pues se corre el riesgo de quedar fuera del canal, y la experiencia no resulta. Es indispensable conocer en detalle la constitución anatómica del raquis del perro para llegar sin tropiezo y con seguridad al canal medular; no sabiendo hacerlo, es imposible practicarlo, y por consiguiente, obtener resultado. Meditando con detenimiento las reglas á que se debe sujetar el experimentador, hoy nunca fracaso, y obtengo resultado siempre. Tengo en estudio el séptimo perro de la serie.

La vieja añoranza científica de buscar como criterio del valor de una especie bacteriana la reproducción en el animal de la enfermedad ó de las lesiones que determina en el hombre, es una exigencia que no cabe en los linderos científicos actuales. Desde este punto de vista, qué pocos microbios han hecho sus pruebas. Recuérdese que los animales no presentan el mismo grado de receptividad que el hombre para las bacterias. Las lesiones de-

terminadas en el animal por la inoculación de las bacterias serán, en términos generales, de naturaleza diferente. El bacilo de Eberth, el vibrión colérico, no reproducirán la tifoidea ni el cólera en las especies sensibles; la irrupción del neumococo en el ratón, no traerá la neumonía. Han sido necesarias un cierto número de condiciones para llegar á reproducir la enfermedad. En nuestro caso, cómo quiera que aprovechamos un verdadero cultivo natural, se ha dado un gran paso, y viene bien recordar la frase del Sr. Dr. Ramos, que viendo las vísceras del perro número 4, muerto por la inyección raquídea, exclamaba como el árabe clásico: Conozco que por aquí ha pasado el tifo. Pero no sólo la macroscopía apoya esta aserción, sino el examen histológico, pues éste revela la existencia de los corpúsculos que el señor Dr. Toussaint ha dado á conocer como el indicio cierto de la enfermedad. Este hecho solo, es de tanto valor, que invita á seguir ahondando el camino trazado.

He oído decir, y aun ha visto la luz pública, la idea de ser extraño que el perro se haga tifoso; es que se olvida, indudablemente, que al perro se le inyecta el agente salvando sus defensas naturales; por otra parte, el recuerdo de los antropoides y macacos sífilíticos quita todo valer y toda extrañeza á la idea apuntada.

México, Junio 20 de 1906.